Clarín: lecturas desde el canon

José María Pozuelo Yvancos

Separata de la obra:

LEOPOLDO ALAS

Un clásico contemporáneo

(1901-2001)

ACTAS DEL CONGRESO CELEBRADO EN OVIEDO

(12-16 DE NOVIEMBRE DE 2001)

OVIEDO

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

2002

Clarín: lecturas desde el canon

por José María Pozuelo Yvancos

He venido defendiendo en investigaciones recientes que las hipótesis en torno a la constitución de los cánones estéticos y dentro de ellos los literarios, pueden tener un valor general, en cuanto series repetidas de fenómenos que pueden darse iguales en diferentes contextos, lo que podría justificar una teoría del canon, pero frente a quienes la hacen residir en condiciones universalistas de naturaleza estética, he sostenido que la propia idea de canonicidad exige la consideración particular e histórica de su descripción en la medida en que el concepto de valor que soporta todo canon es un punto de vista que interviene en la propia constitución del objeto canónico y no es superior a él.

Desde el momento en que las normas están cargadas de valor y en la medida en que el de canon constituye en sí mismo un concepto normativo no podemos abstraer de su descripción el punto de vista valorativo que los instituye, y ese punto de vista es histórico por necesidad y pertenece al propio objeto de la búsqueda, salvo para lectores y críticos que ingenuamente, en la recuperación de un idealismo *naif* (o indignados por sus contextos académicos en el caso de Bloom) se proponen a sí mismos más allá de la Historia. Mucho más cuando el propio objeto literario tiene demostrado un carácter evolutivo, cuyas relaciones de producción, transmisión y recepción no son estables, ni siquiera lo es el medio escritural, muy reciente, en que se vierte, ni el aparato conceptual que lo acompaña, nacido en su mayor parte en la segunda mitad del siglo XVIII.

En su libro *The History in Literature: on Value, Genre, Institutions* afirma

Herbert Lindenberger lo siguiente:

> «a study of interpretative traditions qualifies our understanding not only of individual authors and works, but also of the way we depict whole periods of literary history»[1].

De esta reflexión se sigue que las que conocemos como tradiciones interpretativas (que son las que constituyen las canonicidades históricas) operan no solamente sobre textos y autores sino sobre la periodización misma, instituyendo una metonimia fundamental entre el punto de vista interpretativo de esos autores y su ubicación en las series de los periodos históricos. De esa forma una canonicidad estética es directamente dependiente de series periodizables, de esfuerzos de historización, que se conciben como de larga duración y que nos llevan al punto central que quiero proponer aquí, antes de verlo en el ejemplo concreto de Clarín.

Ese punto central es la dependencia del concepto de canon y el de narración histórica, pero entendiendo por narración, según Hyden White pudo mostrar, no la descripción de la serie de hechos, sino la constitución de un modelo de conversión de los hechos en *acontecimientos*. Frente a quienes han concebido la Historia Literaria como una sucesión de hechos (más o menos notables) se impone la estricta dependencia del concepto de Historia del concepto de «modelo narrativo», que en las series estético-literarias es asimismo un modelo interpretativo.

Precisamente las Historias de las Literatura de cada país son un excelente campo de estudio de este singular cambio de perspectiva desde el universalismo de una cultura anclada en la tradición clasicista, que fundamentaba la canonicidad en valores universales poseídos por los textos, hacia la construcción por cada nación de su historia particular, que narró no sólo los textos seleccionados, sino que hizo depender esa selección del *modelo narrativo* que dio lugar a esa Historia. Sin embargo, con ser tan importante, la Historiología e Historiografía continúan siendo una de esas asignaturas pendientes tanto de la Teoría Literaria como de la Literatura Comparada y dista mucho de

---

[1] H. LINDERBERGER, *The History in Literature: on Value, Genre,* Institutions, New York (Columbia University Press), 1990, pág. 201.

vertebrar, como creo que debería, las discusiones en torno al canon literario.

Uno de los autores que en este último campo son excepción, por su dedicación al estudio de los procesos de cambio y de las *Teorías de la historia literaria*, título de un libro suyo de 1989, ha sido Claudio Guillén, quien ya en 1971 se había preocupado por los temas de la historiografía en dos ensayos fundamentales de su *Literature as System*. Pues bien, al reflexionar Claudio Guillén sobre las articulaciones internas de la historia literaria (movimientos, escuelas, períodos, corrientes) advertía sobre cómo las historias de la literatura «suelen aceptar las configuraciones históricas convencionales con extraña parsimonia intelectual como si de cosas o *faits acomplis* se tratara»[2] y no imponen ni reflexión, ni siquiera un intento de justificación de sus articulaciones, que simplemente toman de los demás, de quienes les han precedido, como si esa periodización o esas divisiones de siglos o corrientes o movimientos se impusieran por sí mismos y no tuvieran un origen conocido. Ya en 1971, por tanto, Guillén reclamaba un punto de vista semejante al que hemos visto en Linderberger.

Tan *naturalizadas* se encuentran las convenciones historiográficas que no resulta fácil otorgarles un origen conocido, y la Historia Literaria misma como disciplina intelectual sigue sin tener claros sus principios básicos, como son el del propio punto de vista sobre la unidad de su objeto. ¿Cuál es el principio que congrega, que otorga unidad a una historia literaria? ¿Cuál es su principio constructor, una vez que sabemos que toda Historia es la construcción de un punto de vista?[3]. Claudio Guillén, apoyándose en la distinción entre lo que pasa y el suceso o acontecimiento escribía en su libro *Entre lo uno y lo diverso*:

> «Pero no llamamos acontecimiento a cualquier cosa que pasa. El suceso no es un hecho, un dato histórico cualquiera. Entre tantas cosas que ocurren el historiador elige y destaca aquéllas que le parecen significativas y dignas de ser relacionadas con las acaecidas antes o después, desempeñando así un papel narrativo. Elegir entraña en tal caso excluir lo que no parece haber sido un acontecimiento»[4].

---

[2] C. GUILLÉN, *Teorías de la Historia Literaria*, Madrid (Espasa Calpe), 1989, pág. 363.

[3] *Ibíd.*, pág. 204.

[4] C. GUILLÉN, Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada, Barcelona, Critica, 1985, pág. 403.

Me propongo, luego de estos preliminares teóricos sobre la relación entre canon y el modelo narrativo que impone la Historia Literaria, mostrar esta tesis en un ejemplo concreto relativo al tema que nos ha convocado aquí: el lugar de Leopoldo Alas Clarín en el canon. Me basaré en esos instrumentos privilegiados de canonización, y también ventanas a ella, que son las Historias de la Literatura. Ofreceré obviamente no una descripción de lo que ya sabemos y que el libro reciente de Enrique Rubio Cremades[5] ha documentado bibliográficamente: Clarín es un autor canónico indiscutible hoy, uno de los grandes, y hay quien compara *La Regenta* con el *Quijote* y dice que después de la novela cervantina no hay otra más grande que la de Clarín. Pero si comenzamos a leer las páginas dedicadas a Leopoldo Alas en ese *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española,* al que acabo de referirme, observamos que las primeras referencias críticas sobre el Clarín creador son los tempranos trabajos de Martínez Cachero en 1951 y muchos de 1952, es decir, los del otro Centenario, el de su nacimiento (aunque Baquero Goyanes ya tenía trabajos de 1947 sobre *La Regenta* y sobre los cuentos). Pero a partir de 1952, ya se sabe, el fundamental estudio de Alarcos, y luego Beser, Sobejano, y todos cuantos siguieron y han venido a este Centenario de 2001 y que conocen que la bibliografía se ha hecho ingente, abrumadora; se me permitirá por tanto la cortesía esta vez de no nombrar a todos los muchos que debiera, porque pertenecen a las décadas críticas del autor ya canonizado; esas no interesan a lo que ahora quiero decir y están además bastante bien aclaradas. A la bibliografía de ese compendio crítico de Rubio Cremades remito. Ya está Clarín dentro de la Historia Literaria y en lugar central.

¿Pero qué ocurrió hasta esos años 50? ¿Por qué no contar toda la Historia? No me propongo por supuesto hacerlo pormenorizadamente en los breves minutos que se me han concedido, pero sí ofrecerles algunos motivos de reflexión sobre cómo el caso Clarín ha de hacernos enormemente cautos a la hora de entender desde cada lugar del relato, que estamos contando una Historia, pero precisamos saber en cada momento cuál es el lugar (teórico, epistemológico, historiológico mismo) en que nos situamos para hacerlo y que el objeto

[5] E. Rubio Cremades, Panorama crítico de la novela realista-naturalista española, Madrid (Castalia), 2001.

mismo de esa historia ha sido, y es, movedizo. Porque al novelista Clarín, y al escritor de cuentos Clarín le ha costado mucho entrar en la Historia Literaria en el lugar que ahora tiene.

Les hablaré tan sólo de la Historia Literaria como género académico, de enorme importancia sin embargo en los procesos de canonización, tanto por lo que reflejan de los estudios críticos que la preceden, como la que proyectan sobre el futuro. Y esto para el caso de la novela es crucial, porque así como la poesía lírica (y en menos medida el cuento) tienen junto a las Historias las *Antologías* y las revistas literarias como mecanismos de canonización, para la novela casi no existe otro que el de la entrada en la Historia Literaria, una vez la crítica académica le ha concedido atención en monografías anteriores.

Les ofreceré en lo que sigue un avance del estudio en curso que estoy realizando sobre la canonización de Clarín en la Historia Literaria del siglo XX, antes de 1960, fecha en que comienza a ser ya un autor reconocido en las Historias Literarias. Les adelanto ya que Leopoldo Alas no comienza a entrar en las Historias de la Literatura publicadas en España, como creador notable, hasta la tardía fecha de 1958, y de la mano del capítulo que mi maestro Baquero Goyanes escribió sobre «La novela española en la segunda mitad del siglo XIX» para la *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, coordinada por Guillermo Díaz-Plaja, si bien para las no publicadas en España obtiene ya por vez primera un tratamiento suficiente en la de Ángel del Río de 1948, a la que luego me referiré. Pero subrayo la apuesta de Baquero porque es mucho más contundente que Ángel del Río en la afirmación de Clarín, de quien llega a decir que ha escrito «nuestra mejor novela del siglo pasado», la de técnica más compleja y rica, o que Clarín visiblemente asoma ya el proceder de Proust[6]. Y esa contundencia hacia una modernidad se hizo en un contexto muy poco favorable a ella, donde la unanimidad parecía ir en sentido contrario, el de considerar que Alas no pudo ser tan buen creador porque había sido tan buen crítico, tópico que analizaremos luego como una constante de sus entradas en la Historia Literaria. Como prueba de esa falta de unanimidad les leo de otra *Historia de la Literatura Española* publicada en 1951, la de Gerald Brenan,

[6] M. BAQUERO GOYANES, «La novela española en la segunda mitad del siglo XIX», en G. Díaz-Plaja (ed.), *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, t. V, Barcelona (Vergara), 1958, pág. 123.

quien dedica a Leopoldo Alas 16 líneas de su texto, con este contenido sobre *La Regenta*, única obra de creación a la que se refiere:

> «El cuadro que obtenemos es el de una triste y estancada ciudad provinciana donde siempre está lloviendo y solo hay tres ocupaciones: el juego, las murmuraciones y la rumia acerca del sexo. *La Regenta* tiene muchas de las características de la buena novela; los personajes están analizados con finura, la trama es adecuada y el inteligente comentario está condimentado con ironía. Sin embargo es un libro muerto. El autor desconoce el secreto de dotar de animación a las escenas y resulta además muy pesado. Es un crítico de la vida española más que un novelista con la facultad de recrearla»[7].

No puede argüirse que se trata de un autor extranjero, atrabiliario o despistado, puesto que un autor tan poco atrabiliario, despistado y nada extranjero como José Manuel Blecua, a la altura de 1944, cuando publica su manual de *Historia de la Literatura Española* muy seguido en Institutos de Enseñanza Media, después de incluir en el capítulo XIV de su obra titulado «El naturalismo en la novela», tan sólo a Pardo Bazán, Palacio Valdés (con dos páginas a cada uno de ellos) y Blasco Ibáñez, a quien dedica algo más de una página, desplaza a Clarín al apartado de «Otros novelistas» y las diez líneas que le dedica, se limitan a decir:

> «Fue notable como crítico, agudo y perspicaz, aunque a veces peque de excesiva violencia y sátira. Hizo famoso su pseudónimo Clarín y sus artículos bajo el título de *Paliques*. Como novelista fue el que escribió la obra más naturalista del siglo XIX: *La Regenta*. Pero ya en el Prólogo que escribió después para *La cuestión palpitante* se mostró arrepentido de su naturalismo. Es autor también de cuentos muy interesantes recogidos en las colecciones *Pipá*, *Doña Berta*, y *Cuentos morales*. Como crítico ejerció una verdadera influencia en nuestra literatura anterior al 98, de la que, en cierto modo, se podría considerar como un precedente»[8].

Lo que Blecua está reflejando en la cantidad y en la cualidad con la que se refiere a Clarín, no es producto de que el suyo sea un manual breve para el Bachillerato (pues concede enorme extensión relativa y mayor, a Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Valera y no digamos Galdós), sino de un

---

[7] G. BRENAN, *Historia de la literatura española* [1951], Barcelona (Crítica), 1984, págs. 419-420.

[8] J. M. BLECUA, *Historia de la literatura española*, Zaragoza (Librería General), 1944, págs. 134-134.

estado de la cuestión crítica en las Historias de la Literatura anteriores a la que señalé antes de Ángel del Río y Baquero Goyanes.

De que no cabía atribuir el lugar que concede a Clarín a una óptica particular de Blecua, siempre tan ponderado y equilibrado, ni a las dimensiones de su obra, ni a las posibles constricciones del franquismo, sino a un estado de la cuestión en la propia Historia Literaria académica, puede confirmarlo el hecho de que más radical todavía que Blecua en la postergación de Clarín, se había mostrado el siempre agudo, liberal e institucionista Ángel Valbuena Prat, quien prácticamente lo ignora en su primera edición, la de 1937, de la conocida *Historia de la Literatura Española* que fue el manual universitario de mayor relieve hasta los años setenta, en que otros vinieron a competir con él. El de Valbuena, según ya estudié en otro lugar[9], supuso una renovación real de los estudios de Historia Literaria en nuestro país. Pues bien, en esa *Historia de la Literatura* de Valbuena Prat, escrita en los años de la República y publicada en plena Guerra Civil, Clarín no es que aparezca como «Otros novelistas» según ocurría en otras muchas Historias, es que no aparece para nada en los capítulos dedicados por Valbuena a la novela del XIX. Tan sólo le dedica éste una página en otro capítulo, el dedicado al 98, y bajo el epígrafe: «Los precursores del 98: Clarín y Ganivet»[10]. Resulta sorprendente la escasez de espacio de esa página concedida a Clarín si la medimos no sólo con las casi seis dedicadas a Pereda, las nueve a Valera o con lo que no puede sorprendernos: las dieciséis concedidas a Galdós, aunque sí son más gratuitas, en ese orden cualitativo, las cuatro páginas a Emilio Castelar. Pero el desplazamiento de Clarín debe valorarse sobre todo si observamos que poco más adelante dedicará nada menos que diez páginas a Pérez de Ayala, y con el epígrafe «El remozamiento de los temas del 98»[11].

He aquí uno de los fenómenos que querría considerar en esta ponencia y que afecta sobremanera a los principios de canonización y al mismo tiempo explica en parte el lugar concedido a Clarín en la Historia Literaria: la inser-

[9] J. M. Pozuelo Yvancos, «Ángel Valbuena: la renovación de la Historiografía literaria española»: *Monteagudo*, 2.ª época, 5, págs. 51-70.

[10] A. Valbuena Prat, *Historia de la literatura española*, Barcelona (Gustavo Gili), 1937, pág. 755.

[11] *Ibíd.*, pág. 870.

ción de cada escritor en un punto del modelo narrativo que cada Historia Literaria adopta y que explica su mismo desarrollo. Es obvio, y queda patente en la organización de la de Valbuena que su centro valorativo, el eje que ordenará buena parte de su dispositivo canonizador, será la vindicación del 98. Clarín sólo aparece como precursor y el enorme y a mi juicio desproporcionado lugar concedido a Pérez de Ayala (en lo que Valbuena por cierto no será una excepción según veremos luego) lo será como epígono de esa generación. En esa página que Valbuena dedica a Clarín no deja nunca de referirlo bien a Azorín, cuyo finura miniaturesca entiende predicha ya en *Adiós Cordera*, sino también a Pérez de Ayala, pues el problema de la ciudad española de religiosidad y erotismo presentes en el cuento *El señor* le parecen a Valbuena anunciar los personajes centrales de *Belarmino y Apolonio*, lo que también confirma *La Regenta* que «hace pensar también en temas del nuevo novelista asturiano y su técnica más detallada y concreta que las generalizaciones de Galdós, mira más que éste hacia el concepto lento y exacto de la nueva geografía de la narración»[12]. Poco más dirá Valbuena salvo que Vetusta anuncia la Pilares del otro asturiano. Las ediciones posteriores de su manual, como la edición última corregida y ampliada por él, la de 1968, no sólo no aminoran, más bien acrecientan esas referencias y ese centro noventayochista como dispositivo orientador de su narración de la Historia, porque lo poco que añade (sin modificar tampoco el lugar de Clarín como precursor del 98), aunque diga que *La Regenta* es «novela capital en nuestras letras contemporáneas» y celebre las comparaciones que la bibliografía había hecho ya con *Madame Bovary* y *Ana Karenina*, no deja de concluir que «*La Regenta* se aproxima en muchos aspectos al 98», y vuelve a insistir en que Vetusta anuncia *Pilares*[13].

Es decir, el 98 y los que Valbuena entiende sus proyecciones epigonales, en el centro del sistema de canonización, de las zonas que a su periferia cobran su luz de él. Que esto es así en el caso de Valbuena lo confirma el hecho de que hasta Galdós es interpretado desde ese centro, pues nada menos que cuando trata de los *Episodios Nacionales* lo hace Valbuena bajo el elocuente epígra-

---

[12] *Ibíd.*, pág. 834.

[13] A. VALBUENA PRAT, *Historia de la literatura* española, vol. II, Barcelona (Gustavo Gili), 1968, pág. 447.

fe de «¿Un precedente del 98?»[14]. No me es posible detenerme en otras muchas zonas del manual de la edición de 1937, que confirmarían este modelo narrativo de su Historia que le lleva a entender los procesos de sucesión no como una contigüidad sino como una preparación o una consecuencia del momento que él entiende clave de la Historia literaria española. Puede explicarse esto como deducido de un hombre como Valbuena educado en los parámetros de la Institución Libre de Enseñanza e interesado en que triunfe el modelo regeneracionista con el que él asocia a sus maestros del 98, pero esto no le habría llevado a marginar a Clarín, un declarado krausista, sino todo lo contrario. La explicación tiene que ser otra y de consecuencias creo más enjundiosas para la teoría de la canonización literaria.

Para entenderlas vayamos doce años más adelante, a otra notabilísima *Historia de la Literatura española* de enorme importancia y que como la de Valbuena, abandona el positivismo meramente acumulativo imperante para establecer un modelo narrativo, de muy agudos diagnósticos. Me estoy refiriendo a la que en 1948 publica en Nueva York don Ángel del Río. Para éste el centro desde el que mirar a Clarín es otro. Ángel del Río entiende que el centro del canon literario que explicaría a Clarín como una de sus mejores periferias es Galdós. No me lleva a deducir esto sólo lo cuantitativo, pues dedica a Galdós un capítulo aparte, central, aislado, y rodeado de los que le preceden (Fernán Caballero, Alarcón, Valera y Pereda con entre cinco y seis páginas dedicadas a cada uno, frente a las diecisiete páginas de Galdós) y los que le siguen (Pardo Bazán, Clarín, Palacio Valdés, Blasco Ibañez) en el capítulo siguiente a Galdós; y el conjunto de todos ellos doce páginas frente a las diecisiete de Galdós. Tanto ese dato cuantitativo como esa disposición central en capítulo aparte para el escritor canario, son compartidas casi unánimemente por cuantas Historias literarias se publican en España en el siglo XX, sobre todo en la primera mitad que estamos considerando.

No ha sido, empero, ese simple dato cuantitativo y esa *dispositio* centrada la que me llevan a la conclusión de que Ángel del Río entiende que es Galdós el centro del sistema canonizador, sino lo que sobre Clarín dice en las cuatro páginas que le dedica su Historia. Hay que adelantar que Ángel del Río es uno

[14] A. VALBUENA PRAT, *Historia de la literatura española*, Barcelona (Gustavo Gili), 1937, pág. 753.

de los primeros en valorar altamente la producción ficcional de Clarín y uno de los pocos que dejan de considerarlo como un crítico metido a escritor en sus ratos libres. Ángel de Río valora mucho la modernidad de Clarín, su carácter educado, cosmopolita en lecturas, intelectual. Pero luego de ponderar los aires renovadores de esta nueva generación de naturalistas que son Pardo Bazán y Clarín, añade: «En casi todo les había precedido Galdós, de quien son en realidad discípulos»[15], lo que confirma el diagnóstico que acababa de hacer de *La tribuna* de la Pardo Bazán y de *La Regenta*, de las que dice «pueden considerarse como las primeras novelas naturalistas españolas o de lo que como tal se entendía en España. Galdós se había adelantado con el naturalismo, también relativo y propio de *La desheredada* (1881)»[16].

O más adelante:

> «Los aires renovadores no fueron sin embargo suficientes para crear un nuevo ciclo, como ocurrirá poco más tarde con el subjetivismo impresionista del 98. En lo fundamental seguía la novela adscrita a las direcciones del realismo y a los caminos abiertos, sobre todo por Galdós. Palacio Valdés dice en una autocrítica: "Si me despojase de lo que pertenece a los grandes maestros que me han precedido, quedaría desnudo", juicio que con algunas puntualizaciones podría aplicarse a las obras de sus compañeros de generación. De ahí que a pesar del relieve de una personalidad como la de Clarín o de la misma Pardo Bazán, la totalidad de su novela tenga menos importancia en un panorama histórico que la de sus antecesores. Al fin y al cabo fueron éstos los que hicieron posible que España pudiera figurar de nuevo en la historia de la literatura narrativa»[17].

Valbuena Prat tensaba el arco hacia delante, hacia el 98, y Ángel del Río, sin embargo, no deja de enfatizar la dependencia respecto de Galdós, incluso en la renovación naturalista (aunque en un momento dado, al tratar de la evolución de Clarín hacia un idealismo subjetivista declare también que «es el precursor más cercano a la generación del 98»[18]. Para Ángel del Río la modernidad no cabe entenderla desde el fiel del 98, sino que se situaría mucho antes,

---

[15] A. DEL RÍO, *Historia de la literatura española* [1948], vol. II, Barcelona (Ediciones B), 1996, pag. 315.

[16] *Ibíd.*, pág. 314.

[17] *Ibíd.*, págs. 315-316.

[18] *Ibíd.*, pág. 319.

en la generación realista que abrió caminos nuevos y europeizó la novela española. Incluso cuando se está refiriendo a *La Regenta* y dice: «Hoy sorprende cómo Alas se adelanta a procedimientos de la novela posterior –que ya están en Galdós– pero que Alas utiliza acaso con una sensibilidad más cercana a la nuestra»[19], no ha dejado de advertir que ya estaba en Galdós.

Pero no se trata solamente de énfasis. Esta doble tendencia hacia delante o hacia atrás que respectivamente representan para su valoración de Clarín Valbuena y Ángel del Río suponen, pese a las apariencias, dos ejemplos de un mismo modelo de canonización, que ha influido mucho en el lugar de Clarín dentro de nuestro canon. Ese modelo instaura un principio narrativo con una trama en cuyo centro se sitúa un lugar respecto del cual se lee lo demás, y ese lugar es el proyecto de la modernidad española y la proyección hacia el momento presente en el que se escribe la Historia. Para Valbuena la modernidad, el centro es el 98, y le lleva incluso a leer los *Episodios Nacionales* de Galdós como un camino hacia él. Para Ángel del Río, y es muy visible esto en el capítulo que dedica a Galdós, «la precedencia de Galdós no es solo cronológica. Su superioridad con relación a los otros novelistas se afirma cada día con mayor certidumbre y hoy toda la crítica lo conceptúa como el más grande de los novelistas españoles después de Cervantes»[20]. Por eso cuando cierra su valoración de Clarín refiriéndose a su temprana muerte no deja de significar que «de haber vivido más habría llegado a ser una de las grandes figuras de la renovación que trajeron los hombres del 98, que le consideraron en parte guía y mentor...»[21], para añadir: «Este afán abarcador y comprensivo y abarcador de una realidad humana mucho más compleja de la que en su cientificismo veían los naturalistas, había sido el mismo de Galdós. La diferencia entre ambos es que en sus procedimientos el autor de *Fortunata y Jacinta* siguió fiel a la impersonalidad artística del realismo, en tanto que en Clarín se insinúa el personalismo que iba a dar carácter a la nueva literatura»[22].

La narración de Ángel del Río es la de un ascenso hacia la modernidad en

[19] *Ibíd.*, pág. 321.

[20] *Ibíd.*, pág. 295.

[21] *Ibíd.*, pág. 321.

[22] *Ibíd.*, pág. 321.

cuyo origen esta Galdós y en cuya cima estaría el 98 y Clarín como mediador entre ambos. Para entender esa insistencia de Ángel del Río en que Galdós no quede fuera de tal relato, incluso sea su centro, habría que leer las cuatro páginas, llenas de un patriotismo emocionado, que le dedica al final del capítulo a él consagrado. Entre la *Historia de la Literatura* de Valbuena y la de Ángel del Río ha mediado la guerra civil, el exilio de este último, y por eso escribe, a modo de conclusión: «Para el estudioso de la historia de la cultura española moderna hay todavía en la novela galdosiana un aspecto que debe destacarse no tanto porque sea el de mayor valor artístico, sino por lo que tiene de lección en la hasta ahora ineficaz busca de los españoles por encontrar la unidad de conciencia que resuelva el drama histórico en que España se debate desde hace dos siglos en forma cada día más grave. Galdós, a diferencia del resto de los novelistas de su tiempo, abanderados de la tradición o del liberalismo, es el único que intenta en su novela la conciliación entre lo nuevo y lo viejo y logra comprender la identidad e igualdad de carácter de todos los españoles, apasionados en su intransigencia, sea tradicionalista o liberal...»[23]. Ángel del Río en las cuatro páginas con que cierra su capítulo sobre Galdós explica bien cuál es su modelo narrativo, el de una modernidad que Galdós inaugura y que implicaba también, diría que sobre todo, un proyecto regeneracionista, moral, de España, quebrado finalmente. Para Valbuena, a la altura de 1937, y no lo rectificó, ese relato era el camino hacia y desde el 98. Y Clarín, en ambos, una etapa del viaje necesario. En ambos historiadores el naturalismo era otra cosa, y es visto como contexto menos necesario, porque no situaron al naturalismo como pivote de ese relato de la modernidad, antes bien, tienen los dos que insistir en la superación clariniana de él, en el subjetivismo noventayochista, como término que la muerte temprana de Clarín frustró.

Este hurto que se hace de la modernidad naturalista, este secuestro de Clarín para ser insertado en otro relato histórico en el que la modernidad estaba por venir todavía, y fue condición del fin de siglo, ha resultado absolutamente necesario para que su canonización se produjera. Los manuales escolares repiten una y otra vez, a la zaga del de Valbuena, el tópico de precursor del 98, con ciertos reparos y matices como vimos en Blecua, que impone un «en

[23] *Ibíd.*, págs. 309-310.

cierto modo», pero sin ellos en el de José García López de 1961[24].

Cuando Valbuena en 1937 concedía a Clarín sólo una página y ésta como simple precursor, no estaba quitándole lo que otros le hubieran dado, porque reflejaba bien un estado de marginación clara de Leopoldo Alas en las Historias de la Literatura de comienzos de siglo. El manual anterior a Valbuena y que en cierto modo fue su rival durante muchos años, el denominado por los opositores a cátedras «el Juanito», y que escribieron en 1921 Juan Hurtado de la Serna y Ángel González Palencia, catedráticos de Literatura y de Árabe respectivamente en la Universidad Central de Madrid, tampoco concede a Clarín más de una página (frente a dos de la Pardo Bazán, las cuatro concedidas a Palacio Valdés, o las cinco a Pedro Antonio de Alarcón, si bien dejan a Galdós con sólo cinco páginas asimismo). Lo más grave no es el índice cuantitativo: es que Clarín, como luego haría Valbuena, es expulsado del capítulo XXXIII de la obra, el dedicado a la novela. Clarín solamente entra en el capítulo siguiente, el XXXIV, referido a «La erudición y la critica literaria en el siglo XIX», desplazamiento que también confirma el contenido de cuanto Hurtado y González Palencia ofrecen, pues incluso los cuentos que citan los allegan para significar cómo en ellos se traduce el mismo talante filosófico krausista y ecléctico de su posición intelectual pero también sus diatribas y críticas hacia este o aquel personaje. Luego del extenso párrafo dedicado a los artículos críticos como creador se limitan a escribir: «en la novela fue naturalista, al modo español, en *La Regenta* (1884), que refleja la vida de Oviedo y que en medio de su excesiva extensión, tiene pasajes interesantes; recuerda *Madame Bovary* de Flaubert. Algo tiende al idealismo en la novela *Su único hijo* y en algunos cuentos como *Pipá*, *El gallo de Sócrates*, *Adiós Cordera*, de gran fuerza bucólica, etc. Sainz Rodríguez anota atinadamente la influencia que Alas pudo ejercer en la llamada «generación del 98»[25].

Lo de no incluir a Clarín en el apartado de la novela es casi una constan-

---

[24] J. García López, *Historia de la literatura española*, Barcelona (Vicens Vives), 1961, pág. 527.

[25] J. Hurtado de la Serna y A. González Palencia, *Historia de la literatura española*, vol. II, Madrid (Saeta), 1921, págs. 980-981. En bibliografía recogen que la observación de Sainz Rodríguez lo es en un Discurso pronunciado en 1921 en la Universidad de Oviedo, por lo que esta advertencia debe de ser una inclusión hecha en alguna edición anterior a la de 1940, que es la que he tenido a mano.

te. También lo expulsa de ese capítulo Juan Chabás en la primera edición, la de 1933, de su *Historia de la literatura española*, desplazándolo también al apartado VI titulado «La Historia General. El ensayismo. El Periodismo. Pensadores». No dice nada distinto a lo que habían escrito Hurtado y González Palencia. Y podría haberlo hecho, porque cuando Chabás quiere sí se separa de éstos; por ejemplo, frente a las quince líneas que dedica a Clarín, dedica unas ochenta a Ángel Ganivet y en el capítulo siguiente nada menos que ciento veinte líneas a Blasco Ibáñez y ochenta a Pérez de Ayala y otro tanto a Gabriel Miró[26]. Esta desproporción no obedece a la particularidad que Chabás declara en el Prólogo a su libro, de conceder más atención a la literatura del siglo XX, que será la que desarrollaría luego en otro controvertido libro, sino a que Blasco Ibáñez y Pérez de Ayala estuvieron durante esos años mucho más cerca del centro del canon que Clarín. Ya la primera *Historia de la Literatura* que aparece en la España de ese siglo, la que publica en inglés en 1898 y en español en 1905 Fitzmaurice Kelly, muestra un contraste entre lo poco que dice de Clarín (apenas dieciséis líneas, aunque muy elogiosas hacia *La Regenta*), una tercera parte de las que dedica a la Pardo Bazán y una cuarta parte de las que dedica en la edición de 1920 a Blasco Ibáñez, sin que crezcan las dedicadas a Clarín, a quien califica de un crítico caprichoso, «un taimado extraordinariamente peligroso», pero de gran autoridad crítica[27]. Con todo, para Fitzmaurice Kelly el cetro es para Pardo Bazán, «indudablemente la mejor novelista que ha producido España en el siglo XIX»[28]. Pero si no puede extrañar ese juicio, sí el de Blasco Ibáñez, que comparte con la gallega atención y cetro. Otra muestra significativa por venir del gran crítico de la época: Andrenio, seudónimo de Gómez de Baquero, quien en su libro *De Gallardo a Unamuno* no habla de Clarín, pero sí de Valera, Ganivet, Pardo Bazán, Blasco Ibáñez y Baroja, además de los que figuran en el título de la obra[29]. En otro libro de Andrenio más específico, el que publicó en 1924 con el título de *El renaci-*

---

[26] J. CHABÁS, *Historia de la literatura española*, Madrid-Barcelona-Valencia (Ediciones Populares Iberia), 1933, cap. VIII.

[27] J. FITZMAURICE-KELLY, *Historia de la literatura española* [1898], Buenos Aires (Anaconda), 6.ª ed., 1923, pág. 301.

[28] *Ibíd.*, pág. 300.

[29] ANDRENIO [E. GÓMEZ DE BAQUERO], *De Gallardo a* Unamuno, Madrid (S. A.), 1926.

miento de la novela española en el siglo XIX, incluye a Clarín en el apartado de «Los novelistas menores» (capítulo IX) y con menos extensión de la dedicada al Padre Coloma, en tanto que dedica un capítulo X entero a Blasco Ibáñez, con cuatro páginas. También se beneficia Pérez de Ayala de mayor atención que Clarín a los ojos de Andrenio, pues además de abordarlo en el capítulo titulado «La nueva generación», le concede en la segunda parte del libro, dedicada al ensayo y ensayistas contemporáneos, nada menos que dos páginas, pero no para tratarlo como ensayista sino para hablar de sus novelas. Fitzmaurice Kelly, Andrenio, Chabás, Valbuena, todos conceden a Pérez de Ayala y Blasco Ibáñez el lugar que niegan a Clarín. Y, ya digo, no es solamente un problema cuantitativo, sino que todos podrían suscribir lo que Andrenio declara al final de la página que le dedica: «Estos dos *libros* [*La Regenta y Su único hijo*] muestran que Alas hubiera podido ser un gran novelista si su actividad literaria no se hubiese empleado principalmente en la crítica»[30], frase que de una u otra forma suscriben cuantos escribieron Historia literaria en este periodo, bien porque sitúen a Clarín sólo en el capítulo de sus obras dedicado a ensayistas o críticos, bien porque ocupen más de la mitad de lo poco que de él dicen en señalar que era catedrático en Oviedo y agraz crítico. Un ejemplo bien significativo de la pervivencia de este tópico es que llega muy lejos, hasta el manual de *Literatura española contemporánea* que publicó en 1963 Gonzalo Torrente Ballester, quien de las nueve páginas que dedica a Clarín, emplea siete en glosar su ideario estético literario, su labor como crítico, y las enseñanzas que podremos extraer sobre cómo debe ser la critica literaria[31]. Oculto, en la sombra, un artista, a quien faltó el heroísmo de Galdós para profesionalizarse como escritor con todas sus consecuencias[32].

Pero volvamos a la época que hemos acotado. Según he ido mostrando no eran ociosas las palabras con las que Azorín, en *Clásicos y modernos* (1913), urgía a colocar a Clarín en el lugar que merecía como creador. Las páginas que dedica a Leopoldo Alas el escritor de Monóvar comienzan hablando de su propia

---

[30] ANDRENIO [E. GÓMEZ DE BAQUERO], *El renacimiento de la novela en el siglo XIX*, Madrid (Mundo Latino), 1924, pág. 93.

[31] G. TORRENTE BALLESTER, *Literatura española contemporánea. Estudio Crítico*, Madrid (Guadarrama), 1963, págs. 95-101.

[32] *Ibíd.*, pág. 102.

edición en curso de publicación de la *Antología* que luego todo el mundo citaba como fuente principal para acceder a Clarín. En esas breves páginas de *Clásicos y modernos* se labra ya, por el propio Azorín, el campo de la interpretación posterior de Leopoldo Alas como precursor del 98, no sólo por los elogios azorinianos, sino por la postulación que en ellos se hace de una modernidad todavía por descubrir pero que sería unánime en los tiempos futuros, según anunció con acierto profético el alicantino:

> «Pero Clarín es uno de esos escritores –como Larra– a los cuales vuelve la atención de los doctos como una mansa oleada de amor, poco a poco, al cabo de los años, para formar alrededor de su figura un renombre definitivo, perdurable. Se extinguen momentáneamente estos escritores para renacer con más fuerza: la fuerza de la verdadera inmortalidad... No se trata de que Alas sea *más* que los otros, o *mayor* en tal o cual característica de literato; no es una diferencia de *cantidad* lo que le separa de sus coetáneos, sino de *cualidad*. Clarín es una cosa distinta, aparte, de los novelistas, críticos, periodistas que vivían cuando él vivía. Estudiando el tono medio de la novela, el cuento y la crítica en su tiempo, se ve claramente –como en el caso de Stendhal– que Clarín no podía ser en aquellos días gustado ni comprendido plenamente. Hoy, al cabo de veinte o treinta años, con ser otras las tendencias y la orientación de las nuevas generaciones, acaso no estemos más que en el comienzo de la comprensión de Clarín»[33].

Ya se anuncia aquí por Azorín esa extracción de Alas respecto a su siglo y su época, esa lectura en otra Historia por trazar pero no trazada en los contextos propios, sino la que se proyecta hacia un futuro, y que ha sido la constante de su canonización posterior. Azorín, ya se sabe, ha sido fundamental, por este y otros ensayos muy conocidos, como el de la visita a la Biblioteca de Clarín[34] y por su *Antología*, en la valoración posterior de Clarín, pero según vamos viendo, tal revalorización no penetró en las Historias de la Literatura sino medio siglo después de escritas las palabras que les he citado y siguiendo ese modelo narrativo del pre-noventayocho, desgajado del conjunto de sus coetáneos.

Cuatro años después de las palabras de Azorín, en 1917, publica Ángel Sal-

---

[33] AZORÍN [J. MARTÍNEZ RUIZ], *Clásicos y modernos* [1913], en *Obras escogidas* (ed. de M. A. Lozano), vol. II: Ensayos, Madrid (Espasa-Calpe, Col. Clásicos Castellanos), 1998, pág. 866.

[34] Recogido en J. M.ª MARTÍNEZ CACHERO (ed.), *Leopoldo Alas, «Clarín»*, Madrid (Taurus), 1978.

cedo Ruiz su manual *de Literatura Española. Resumen de Historia. Critica*, en el que trata de Leopoldo Alas dentro del capítulo xv titulado «Lo que se puede decir de lo que resta»[35], lo que ya les puede dar una idea del lugar no canonizado de su literatura en esos momentos. En los años veinte hubo voces aisladas como la de Adolfo Posada, la de Arboleya o Rafael Altamira, pero ni fueron muchas, ni desde luego penetraron en el canon escolar de las Historias de la Literatura como lo muestra la muy equilibrada de Miguel Romera-Navarro, publicada en Boston en 1928, quien mira con muy buenos ojos el periodo que va de 1849 a 1928, y que, según admite, propinó el que llama «Siglo de Oro de la novela nacional», si bien piensa mucho más en Pereda y Galdós, considerados sin disputa «los dos mayores novelistas de la España moderna»[36]. Precisamente porque la vindicación de estos autores convenía muy bien con el de un nuevo realismo, *leit motiv* de la aportación española a la cultura desde Cervantes a los ojos de Romera y en la estela marcada por Menéndez Pidal[37]. Frente a estas altas ponderaciones Clarín queda por debajo, recibe un tímido tratamiento. Romera-Navarro califica a *La Regen*ta de «novela notable» y «gustosa, donde bulle un mundo entero de figuras y la entera vida clerical, social y política de una atrasada capital de provincia»[38]. No es mucho.

Hubo, sí, una curiosa excepción, tan sólo diez años antes que la de Romera Navarro, que destacó de entre las otras en la valoración de Clarín, sorprendente para quien la conozca bien; me refiero a la que publicó con el título de *Historia de la Lengua y la Literatura Castellana* don Julio Cejador y Frauca en el año 1917-1918. La sorpresa adviene por el buen tratamiento que le concede a Clarín, mucho más cuanto la de don Julio no es precisamente una Historia mojigata en improperios cuando se trata de juzgar a liberales. Pero llega don Julio a lamentar que al Padre Blanco García, a quien luego me referiré, se le hubiera ido la mano en el tratamiento despiadado e injusto (son los calificativos que en forma adverbial elige Cejador) que aquel le propinó en su conoci-

[35] A. Salcedo Ruiz, *La literatura española. Resumen de Historia. Crítica*, Madrid (Calleja), 1917, págs. 608-609.

[36] M. Romera-Navarro, *Historia de la literatura* española, Boston, D. C. (Heath & Co), 1928, pág. 566.

[37] *Ibíd.*, pág. 550.

[38] *Ibíd.*, pág. 592.

do libro *La literatura española en el siglo XIX*. Claro que don Julio Cejador añade: «Donde las dan las toman», porque no deja de señalar un tópico que será luego repetido por doquier: que el Clarín crítico trataba bien a los liberales y poderosos y mal a los conservadores que fueran de escasa fama, porque es tímido en sus críticas con los consagrados como Pereda. Clarín fue, viene a concluir Cejador, muy desigual en sus críticas, apasionado sobremanera y le faltó la serenidad del humanista. Claro está que una página antes ha visto don Julio una gran ventaja en este apasionamiento, porque «esta crítica exigente y descontentadiza limpió nuestro Parnaso de no poca maleza y aquilató el verdadero valer, espoleando a la juventud para no contentarse con cualquier cosa. Desde que dejó de sonar tal *Clarín* la crítica hase arrastrado por el fango de la adulación y el interés convirtiéndose en lo que gráficamente se ha llamado *sociedad de bombos mutuos*»[39]. Pero este don Julio, vigilante atento a todo cuanto fuera contra la moral católica, no vio con malos ojos la novela *La Regenta*, y eso que otro padre, el citado Francisco Blanco García, había levantado todas las liebres posibles de las inmoralidades y desvergüenzas de la tal novela. Pues bien, oigan lo que de ella dice Cejador y Frauca, luego de tratar con mucho sosiego el carácter «filosófico literario, moralista a la francesa, ecléctico en suma» de su narrativa que (esto quizá explique toda la benevolencia de Cejador) fue «pasando de las primeras rebeldías anticatólicas a un cierto respeto a la religión tradicional en sus últimos días»[40]. Pero bien sea por eso o bien porque realmente le parecía notable, el hecho es que *La Regenta* –escribe– es «una de nuestras hermosas novelas, representativa por la ciudad, que el llama Vetusta (Oviedo) de las ciudades españolas no renovadas moralmente, con sus rutinas y sus costumbres clericales. Hay mucho color y da la sensación real de semejantes poblaciones»[41].

Algo diré, acercándome ya a la conclusión, obligado por las urgencias de un tiempo ya consumido, de las Historias publicadas en vida de Clarín, aunque dejaré fuera de mi consideración, por haberlo sido de Sergio Beser[42] y del

---

[39] J. CEJADOR Y FRAUCA, *Historia de la lengua y literatura castellana* [1918], t. IX, Madrid (Gredos), ed. facsímil, 1972, pág. 265.

[40] *Ibíd.*, pág. 264.

[41] *Ibíd.*, pág. 264.

[42] S. BESER (ed.), *Clarín y* La Regenta, Barcelona (Ariel), 1982.

libro de Maria José Tintoré[43], todo lo referente a las polémicas habidas a partir de 1884 hasta fin de siglo fuera de lo que son estrictamente *Historias de la Literatura*. Pero merece la pena decir algo, tanto de la intervención denigratoria del Padre Francisco Blanco García como la en términos generales elogiosa de don Andrés González Blanco, porque ambas son propiamente Historias de la Literatura y de la narrativa, respectivamente. Del primero no merece la pena reproducir sus denuestos, muy conocidos ya, y que no pasarían de exabruptos de sacristía si no tuvieran un contrapunto interesante en las palabras que dedica sin embargo este agustino a la literatura de doña Emilio Pardo Bazán. ¡Que contraste tan enorme! A Clarín llega a odiarlo tanto que evita reproducir su nombre en el epígrafe del capítulo XXIX que reza: «Ortega Munilla, Palacio Valdés, doña Emilia Pardo Bazán, J. Octavio Picón, etc.»[44]. La maldad de ese etcétera es elocuente, porque el único autor que añadir a los citados de los que trata ese capítulo es precisamente Clarín. Les ahorraré las perlas que le reserva el Padre Blanco García, de este calibre casi siempre: «La Regenta: disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de Arca de Noé, con personajes de todas las especies y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premiosidad violenta y cansada digna de cualquier principiante cerril»[45]. Sí quiero llamar la atención de que, con mucha más moderación, también censura que «Pérez Galdós no pudo ser un buen novelista sin ser al mismo tiempo el antipático defensor de disolventes ideas cuyo alcance quizás no comprende. No sólo se distinguen esos dos respectos sino que el uno estaría perfectamente sin el otro, pues las pasiones extrañas al arte no han hecho más que torcer una inspiración tan fecunda y opulenta»[46]. ¡De pasiones extrañas al arte se lamenta el Padre Blanco García! El tratamiento que recibe Clarín de este sacerdote contrasta como dije con el que recibe no ya Palacio Valdés, sino incluso la Pardo Bazán, y no cualquiera de sus novelas sino también *Los pazos de Ulloa*, que es considerada como «parto felicísimo», y hasta la condena de la novela *La Madre Naturale-*

---

[43] M. J. TINTORÉ, La Regenta *de Clarín y la crítica de su tiempo*, Barcelona (Lumen), 1987.

[44] F. BLANCO GARCÍA, *La literatura española en el siglo* XIX [1891], Madrid (Saez de Jubera Hermanos), 1910, pág. 529.

[45] *Ibíd.*, pág. 546.

[46] *Ibíd.*, pág. 490.

za, que no podía el Padre Blanco García dejar de hacer, se reviste de los siguientes atenuantes: «Imagínense un drama de argumento monstruoso, de ejecución bellísima, o un esqueleto disforme revestido de púrpura o un pedazo de sayal recamado de filigranas y con marco de oro y pechería... la extraña conjunción que suelda el fondo repulsivo y la forma incomparable de esta égloga en prosa de la más fina veta metálica»[47].

Enemigos y amigos de la religión, eje conformador, principio canonizador casi exclusivo, de esta primera Historia de la Literatura publicada tras la aparición de *La Regenta*. Otro cariz tiene, y con él concluyo, la que publica don Andrés González Blanco en 1909 con el título de *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días*. Lamentó González Blanco que Clarín se prodigara demasiado, que hiciera «crítica a menudeo, alta crítica, que más bien era una estética dispersa y no encajada en cuerpo de doctrina, crítica de ojeo y de atisbo... crítica hasta cominera en ocasiones... cuadros de costumbres, cuentos morales, cuentos líricos... novelas cortas, novelas por todo lo alto... todo lo cultivó aquella prodigiosa organización mental, que acaso dio al fin un estallido antes de tiempo, cansada de recibir tanto peso. Por aquí vino su perdición, por dilapidar demasiado su talento... Si en la crítica hubo de hacer Clarín muchas veces obra de jornalero, no así en la novela... *La Regenta* es quizá la novela más detallista y en este sentido la más naturalista que se escribió en España. Sólo Clarín es el Zola puro, el documentado, el recargado si queréis, el que abruma... el naturalista a palo seco...; la intensa poesía de muchas páginas, lo interesante de algunas escenas, lo acabado de ciertos tipos, los primores de análisis que el autor ejecuta en la descripción de la representación *de Don Juan Tenorio* en el teatro...; la maestría con que están desarrollados los planes de don Fermín de Pas...»[48].

He dejado para el final estas palabras de González Blanco porque están dichas a la altura de su tiempo, y con las herramientas conceptuales de su tiempo. Y hemos de obtener lección en ellas sobre lo que me interesa subrayar: a medida que nos hemos ido alejando de la época naturalista, se ha ido

---

[47] *Ibíd.*, pág. 542.

[48] A. González Blanco, *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*, Madrid (Sáenz de Jubera), 1909, pág. 496.

perdiendo el contexto mismo en el que el naturalismo podía ser entendido como proyecto de renovación literaria y de modernidad. La minuciosidad, el miniaturismo que otros vieron preludio de Azorín era para González Blanco puro naturalismo, la emoción lírica de sus cuentos no precisó posteriores de Miró, ni sus cualidades estructurales las validaciones posteriores de Pérez de Ayala. González Blanco supo ver en el naturalismo, en lo que él llama el Zola puro, una estética suficiente para producir cuantos elogios prodiga a la obra de Clarín. Digamos que ha ido esta intervención en el sentido contrario a las que seguirán luego las demás, mucho más proclives a escribir la Historia de la Literatura y sus modelos narrativos de canonización hacia adelante, creando un relato de ascensión, de progreso, según el cual lo moderno se va desplazando en el tiempo y por el tiempo hasta ser tan sólo aquello que sentimos nuestro y que coincide con nuestra mirada. Ése es el modelo narrativo que ha inspirado las lecturas de Clarín, leídas desde el canon.

Cuando menos hemos ganado algo, eso sí, entre Centenario y Centenario, y como quiero dedicar estas palabras a don Emilio Alarcos, terminaré con unas suyas: «Cuando en 1952 se cumplió el centenario del nacimiento de Leopoldo Alas, había comenzado tímidamente el resurgir del interés por el escritor asturiano, hasta entonces marginado del panorama literario no se sabe bien por qué. Pero 1952 no era todavía fecha propicia para que cundiese el recuerdo y el elogio de Clarín. Sólo hacía dieciséis años que habían arrasado su monumento en el ovetense Campo de San Francisco. Sólo hacía quince años que su hijo, el rector de Oviedo, había sido "legalmente asesinado" (en palabras de Jorge Guillén al frente de su *Guirnalda Civil*)»[49]. Y prosigue Alarcos relatando las mil y una vicisitudes de aquel homenaje de 1952. Este centenario, el que le ha seguido, de 2001, es ya otra cosa, y Clarín, como Alarcos, lo celebrarán sin duda.

---

[49] E. ALARCOS LLORACH, «Notas remozadas sobre *La Regenta*», en F. Durand (ed.), *La Regenta*, Madrid (Taurus), 1988, pág. 313.